La provincia indomable. Historia y paisaje en la sierra de Metztitlán, siglos XVI-XVII*

Luis Juventino García Ruiz**

ISSN (digital): en trámite
DOI: https://doi.org/10.25009/urhsc.v1i46.2913

El espacio es un producto de la historia. Desde los planteamientos formulados por importantes teóricos de la geografía, como Henri Lefebvre (1991), Edward W. Soja (1989) y Robert Sack (1983), se establecieron los fundamentos epistemológicos del llamado "giro espacial" en las ciencias sociales que contribuyeron a revalorizar la dimensión material de los procesos humanos, dentro de un contexto intelectual de finales del siglo XX en el que predominaba la interpretación de lenguajes y símbolos como factores en torno a los cuales se construían imágenes de lo real. Desde esta perspectiva, se consideró al espacio como una categoría de análisis por derecho propio, la cual se podía abordar desde diferentes ángulos. Por consiguiente, el paisaje, el territorio, la región, lo local y lo provincial eran elementos resultantes de la interacción de los grupos sociales con el entorno que les rodeaba. De esta forma, el espacio dejaba de ser solamente un receptáculo pasivo de los acontecimientos y se convertía en producto mismo de procesos históricos y prácticas sociales.

En diferentes espacios académicos se gestaron interesantes propuestas de abordaje metodológico del espacio en sus diferentes escalas y expresiones a lo largo del tiempo. Para el caso mexicano son ampliamente conocidas las propuestas metodológicas que en diferentes momentos desarrollaron destacados autores como: Luis González y González (1971), Bernardo García Martínez (1987), Eric van Young (1983), Manuel Miño (2002), Juan Pedro Viqueira (1997) y Joaquín González (2006), por mencionar sólo algunos ejemplos tan sugerentes como desafiantes para el abordaje del espa-

* Sergio Eduardo Carrera Quezada. *La provincia indomable. Historia y paisaje en la sierra de Metztitlán, siglos XVI-XVII*, El Colegio de México, México, 2023, 357 pp. ISBN (edición impresa): 9786075645346. ISBN (versión electrónica): 9786075646084.

** Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales, Universidad Veracruzana, Xalapa, Veracruz, México, e-mail: luisgarcia03@uv.mx. ORCID: 0000-0003-2237-8904.

BY-NC-SA

cio desde la historia, la geografía y la antropología.

Abrevando de esta larga tradición, pero con renovadas herramientas de análisis, el etnohistoriador, Sergio Eduardo Carrera Quezada, en su libro *La provincia indomable. Historia y paisaje de la sierra de Metztitlán, siglos XVI-XVIII,* coloca al paisaje como categoría central de la investigación. En siete capítulos, más anexos, apéndice documental, mapas y planos históricos, el autor ofrece a sus lectores una interpretación alternativa que complementa la compresión del pasado de las sociedades en una perspectiva de largo aliento que se remite a los lejanos tiempos mesoamericanos en que grupos de nahuas, teeneks, otomíes y pames hicieron suyo un espacio orográficamente agreste, pero comercial y militarmente estratégico que ocupaba la cuenca alta del río Pánuco. Su ubicación sobre la ruta que conectaba al altiplano central con la costa norte del Golfo de México fue un factor clave que despertó el interés de mexicas y españoles por controlar esa indomable provincia, con territorios yuxtapuestos, que cubre diferentes pisos altitudinales del oriente de Hidalgo y el noroeste de Veracruz.

Abordar la historia desde el paisaje plantea desafíos de orden metodológico, sobre todo cuando se estudia un espacio donde las fuentes primarias, la historiografía y las investigaciones de orden interdisciplinario no son lo suficientemente numerosas. Para tal fin es importante, como el autor lo plantea siguiendo a Alfred Siemens, hacer una lectura de lo que se tiene en clave ecológica, de modo que sea posible interpretar la información obtenida desde esa perspectiva. De esta forma, se demuestra la importancia que tuvo la interrelación entre los grupos humanos, el paisaje y los recursos naturales en la configuración de procesos de organización política y territorial en la provincia de Metztitlán, tanto en tiempos prehispánicos como la época colonial.

La observación del espacio es realizada por Carrera Quezada a través del análisis de manuscritos y expedientes agrarios producidos durante la etapa de dominio español. En el primer grupo de fuentes sobresalen la *Relación de la provincia de Meztitlán* de 1579, además de la *Suma de visitas de pueblos por orden alfabético* (1550), la *Descripción del Arzobispado de México (*1569-1571) y la *Crónica de la Orden de N. P. S. Agustín en las provincias de Nueva España… de 1533 hasta el de 1592.* La mirada de la tenencia de la tierra, mientras tanto, la brindan los expedientes relativos a las congregaciones de la población originaria, la concesión de mercedes de tierras y la regularización de posesiones en favor de españoles e indios.

En la lectura de las fuentes mencionadas, el autor subraya la importancia de la información geográfica y ambiental, pues permite reconocer el

paisaje que fue producido a raíz de los procesos sociales, económicos y culturales que tuvieron lugar en los *altepeme* de Metztitlán desde antes de la conquista ibérica. Al mismo tiempo, en su labor de análisis, Carrera Quezada advierte sobre la necesidad de considerar al espacio y sus condiciones ambientales como un factor imprescindible para explicar los esquemas de poblamiento, explotación de recursos, resistencias culturales, mecanismos de control político-territorial y derechos de propiedad sobre la tierra. Bajo este orden de ideas, en las siguientes líneas presento una somera descripción de los principales elementos que a mi juicio vale la pena subrayar dentro de los siete capítulos que componen el libro.

En el primer apartado, que lleva por título "Sierra de Metztitlán. Un corredor biocultural", el autor presenta los criterios geomorfológicos que definen las cuatro zonas climáticas que permanecieron bajo el control de las poblaciones y los *altepeme* integrantes de la confederación de señoríos de Metztitlán. Se destaca que las dinámicas de ocupación del espacio estuvieron estrechamente vinculadas a las condiciones ecológicas existentes en los pisos altitudinales, al relieve, y a la presencia de cuerpos de agua que permitieron el desarrollo de la agricultura alrededor de la laguna de Metztitlán y en la vega del río Amajac.

Además de las condiciones medioambientales se debe también considerar la posición estratégica que la sierra de Metztitlán tuvo dentro de la geografía política mesoamericana, tal como Sergio Carrera lo demuestra en el capítulo segundo, "El señorío confederado". En esta parte del relato queda claro que si este territorio no pudo ser sojuzgado por el poder militar de la Triple Alianza, se debió precisamente a que las características propias de un espacio agreste dificultaron la consolidación de un dominio absoluto o al menos hegemónico, como había ocurrido en otros ámbitos de Mesoamérica. El carácter entreverado de los *altepeme* —que nos obliga a romper con nuestras ideas preconcebidas de uniformidad geométrica—, junto con los bien lubricados vínculos personales entre señores naturales y macehuales, permitieron que esta provincia se mantuviera autónoma hasta la conquista española.

Tras la implantación del dominio español sobrevinieron importantes cambios en el paisaje de la provincia de Meztitlán, los cuales quedaron registrados en la relación geográfica de 1579, analizada en el capítulo tercero: "El primer siglo colonial". Una de las transformaciones más importantes fue la pérdida de centralidad que tenían el "señor universal" y la nobleza de Meztitlán sobre los terrazgueros y macehuales, a causa de la instauración de repúblicas de naturales y el establecimiento de una cabecera de corregimiento en Molango.

En el capítulo cuarto, "El paisaje agrario", el autor nos lleva a pensar en el impacto que tuvo sobre la población y el territorio la introducción de plantas y animales importados de otras latitudes del globo, que encontraron en la sierra de Metztitlán las condiciones de suelo y humedad adecuadas para aclimatarse y reproducirse en convivencia con la flora y fauna originarias. Las fuentes proveedoras de información permiten al autor cuestionar tesis arraigadas en torno a los desequilibrios ecológicos provocados por la ganadería europea o la agricultura comercial. Si bien estas actividades provocaron cambios en el paisaje, también es verdad que los indios siguieron practicando el cultivo de maíz, frijol, chile, calabazas, pepitas y miel de maguey, además de la captura de pescado y crianza de gallinas. En este sentido, las transformaciones paisajísticas fueron más progresivas que agresivas, permitiendo de esa forma procesos continuos de adaptación social a las condiciones cambiantes del entorno. Prueba de ello fue que los naturales conservaron la mayor parte de sus tierras pese a la entrega de mercedes a españoles y la introducción de ganado.

Desde mi punto de vista, las congregaciones fueron la transformación espacial más significativa que sufrieron los pueblos de indios durante el primer siglo de dominio español. Con agudeza analítica, este aspecto de la historia de la sierra de Metztitlán es analizado en el capítulo quinto, "Las congregaciones en la sierra alta". Importante fue la participación de los religiosos de la orden de San Agustín, quienes congregaron a la población alrededor de los conventos ubicados en las cabeceras de Metztitlán, Molango, Xochicoatlán, Xilitla y Chapulhuacán. La experiencia adquirida por los frailes durante los años que recorrieron la provincia a ras de suelo, les permitió delinear nuevas territorialidades que rompieron con la antigua jerarquía del señorío confederado y sus *altepeme*. Como lo advierte Sergio Carrera, "las congregaciones reordenaron el espacio de los pueblos de indios e imprimieron un nuevo rostro al paisaje en la Sierra Alta. Si bien la condición entreverada entre los pueblos no se modificó por completo, el proceso de traslado de la población implicó cambios perceptibles en el paisaje" (p. 176).

En el capítulo sexto, titulado "Haciendas, trapiches y pueblos a fines del siglo XVII", se establece que la política de composición de tierras que una monarquía necesitada de liquidez impulsó en los reinados de Carlos II y Felipe V fue importante para los pueblos, porque les brindó elementos para hacer una reconstrucción histórica del paisaje y de las tierras que poseían bajo régimen de domino común o individual. Es interesante el hecho de que los indios adaptaran su discurso a los parámetros utilitaristas del gobierno español para judicializar la adquisición

de más tierras en favor de sus pueblos y caciques. A medida que una nueva visión sobre la naturaleza y el paisaje permeaba en el pensamiento de la época, también fue ganando terreno la necesidad de escriturar la tierra y establecer límites más precisos en función de las condiciones del paisaje. Estos cambios son bien explicados en el último apartado de la obra.

"Paisaje y propiedad en el siglo XVIII" es el encabezado con que Sergio Carrera corona la narrativa de su obra. El amplio conocimiento que posee acerca del régimen de tenencia de la tierra en los pueblos de indios novohispanos, le permite identificar el impacto que tuvieron los procedimientos de composición en la estructura agraria de la provincia de Metztitlán. Lo interesante de resaltar es el hecho de que en los expedientes de regularización los habitantes hicieron patente la relación histórica que tejieron con su entorno físico, la cual les llevó a configurar paisajes a partir de la explotación de los recursos naturales disponibles tanto en unidades productivas particulares como en tierras de comunidad. La forma en que los indios vivían el espacio discrepaba muchas veces de la percepción de los funcionarios españoles, quienes buscaban uniformar el régimen de tenencia de la tierra de los pueblos.

Una de las condiciones histórico-espaciales que se impuso en el rediseño de la geografía de los pueblos fue el entreveramiento de las tierras de comunidad pertenecientes a diferentes pueblos. Donde el paisaje reflejaba la historia de la sierra, jueces de composición veían dificultad para organizar el territorio y la propiedad bajo los criterios de una racionalidad utilitarista que, a lo largo del siglo XVIII, fue ganando terreno dentro del gobierno y en diferentes círculos sociales. Tanto las élites españolas como las repúblicas de indios y sus caciques expresaron en diferentes instrumentos legales la conveniencia de apropiarse del espacio a través de la adquisición del dominio directo de la tierra, toda vez que les brindaba mayor certidumbre para explotar los recursos naturales y obtener ganancias derivadas de la venta y/o aprovechamiento del suelo y sus recursos ambientales.

Una nueva relación entre la sociedad y la naturaleza se proyectaba en la configuración de un paisaje que se produciría a raíz de la desecación de la laguna de Metztitlán. Lo que ayer era motivo de utilidad hoy es causa de honda preocupación por las condiciones acentuadas de sequía que amenazan con desaparecer a ese importante cuerpo de agua.

No omito mencionar en esta reseña, el hecho de que el libro contiene una amplia sección de mapas y planos que brindan elementos de análisis espacial y sociodemográfico a quienes se interesen en conocer la historia de la Sierra de Metztitlán, desde tiempos mesoamericanos hasta la reconfiguración de la estructura agraria a raíz de la política de regularización de la propiedad de la tierra. Esta cartografía es acompañada de una amplia descripción y transcripción

de los planos que se realizaron durante el periodo colonial, entre ellos el de la *Relación de la provincia de Meztitlán*, junto con diversas representaciones que acompañaron a la documentación producida sobre las congregaciones, las visitas eclesiásticas, las composiciones de tierras y el proyecto de desagüe de la laguna. En este mismo renglón es muy valiosa la información que se presenta en tres anexos acerca de la entrega de las mercedes, el reconocimiento de bienes de comunidad, las posesiones individuales y la composición de tierras que configuraron la estructura agraria de la sierra, junto con una tabla de equivalencias de medidas antiguas que es de gran utilidad. Finalmente, es digno de resaltar el esfuerzo por integrar una copia fiel de la *Relación de la provincia de Meztitlán, 1579*, que además de ser un tesoro documental pone a prueba las habilidades paleográficas de los lectores.

Por la pertinencia de la investigación en cuanto a la unidad de análisis centrada en el paisaje histórico en constante transformación, el adecuado manejo de fuentes empíricas, la utilización de recursos cartográficos y documentales, y una escritura fluida que no se ancla en redundantes disertaciones teóricas, es que recomiendo ampliamente la lectura de *La provincia indomable*.

Referencias

García Martínez, B. (1987). *Los pueblos de la sierra: el poder y el espacio entre los indios del norte de Puebla hasta 1700*. México: El Colegio de México.

González, L. (1971). "Microhistoria para Multiméxico". *Historia Mexicana*, *21* (2), 225-241. http://www.jstor.org/stable/25134907

González y González, J. R. (2006). *Alvarado y el mundo del agua: larga duración y conformación geohistórica del Bajo Papaloapan veracruzano* (2a. ed. corregida). Xalapa: Editora de Gobierno del Estado de Veracruz.

Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Bulgaria: Wiley.

Miño, M. (2002). "¿Existe la historia regional?" *Historia Mexicana*, *51* (4), 867-897. http://www.jstor.org/stable/25139411

Sack, R. D. (1983). "Human Territoriality: A Theory". *Annals of the Association of American Geographers*, *73* (1), 55-74. http://www.jstor.org/stable/2569346

Soja, E. (1989). *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*. New York: Verso.

Van Young, E. (1983). "Mexican Rural History Since Chevalier: The Historiography of the Colonial Hacienda". *Latin American Research Review*, *18* (3), 5-61. http://www.jstor.org/stable/2503018

Viqueira, J. P. (1997). "Regiones naturales, regiones nominales, regiones vividas". *Sotavento,* (3), 107-117.